GATITA

Costumbres del Perú

1916

Augusto D'Halmar

Pobre cartonera **es un proyecto editorial de bajo costo que busca difundir la producción de autores y autoras lambayecanos.**

GATITA

Costumbres del Perú

1916

Facsímil de la edición de 1924

Augusto D'Halmar

[Augusto Groemine Thomson]

Con un estudio de

Renzo Caycay Carpio

Pobre -cartonera-

Gatita. Costumbres del Perú
Augusto D'Halmar [Augusto Groemine Thomson]
1916
Estudio de Renzo Caycay Carpio

Diseño de logotipo:
Michelle Rioja
@marc.ilustra24

Fotografía de la tapa: 'La campana' de Eten, sin fecha, publicada en *Documentos fotográficos del norte del Perú de Hans Heinrich Brüning (1848-1928)*, Hamburgisches Museum für Völkerkunde con apoyo del Departamento Cultural del Ministerio de Relaciones Exteriores, Hamburgo, 1990.

Primera edición, octubre de 2025
Pobre Cartonera
Lambayeque.

La historia de *Gatita* y *Gatita* en la historia

Renzo Caycay Carpio

Gatita (1916) es una novela corta de treinta capítulos que narra los recuerdos de su autor, Augusto D'Halmar, en su paso como cónsul chileno en Puerto Eten, organizados en torno a su historia de amor con una niña etenana de trece años, cuyo apelativo bautiza el texto. Esta novela ha pasado desapercibida en la obra de un escritor que también ha quedado injustificadamente en el olvido de la literatura chilena y latinoamericana. Augusto Groemine Thomson, conocido más adelante como Augusto D'Halmar, fue el primer ganador del Premio Nacional de Literatura de Chile en 1942, cuya importancia entre los años 1902 y 1940 quedó opacada por el brillante canon poético de la generación siguiente en Chile, entre quienes se cuentan Vicente Huidobro, Gabriel Mistral, Pablo Neruda y Nicanor Parra (Galgani, 2008). Antes de estos, D'Halmar encabezó el novecientos literario o el mundonovismo del 12, siendo compañero y a la vez maestro de Julio Ortiz, Fernando Santiván y Hernán Díaz Arrieta (Alone), alrededor de la experiencia de la Colonia Tolstoyana (1904-1905). Fue además parte del grupo artístico de *Los Diez* (1915-1918), encabezada por Pedro Prado y Manuel Magallanes Moure. Después de su éxito local, acompañó en Europa la consolidación de la Generación del 14 en España y vio nacer a la Generación del 27.

D'Halmar pertenece a una generación de escritores chilenos que se toman en serio por primera vez el trabajo intelectual remunerado y que se dedican a tiempo completo a la actividad literaria, forjando un firme camino para las generaciones posteriores (Loebell, 2017). Siendo de extracción media o baja, los escritores del novecientos, con D'Halmar a la cabeza, se emplearon como columnistas pagados en revistas o periódicos y, en el mejor de los casos, eran enviados a Europa por el gobierno para forjar su carrera intelectual, a excusa de desempeñarse como cónsules extranjeros. Antes de que Mistral, Neruda y Huidobro partieran a Europa o

Estados Unidos con valija diplomática o como corresponsales de guerra, Augusto D'Halmar sentó un importante antecedente, siendo cónsul chileno en el extranjero entre 1907 y 1916.

Pero D'Halmar aceptó este destino con plena confianza en su capacidad para consolidarse como una figura prominente en el ámbito literario. Habiendo nacido en Valparaíso en 1882, se trasladó a la capital chilena después de la muerte de su madre para trabajar en las revistas literarias de Santiago, logrando publicar su primera novela *La Lucero* -más adelante conocida como *Juana Lucero*, en 1902 a la edad de 20 años. En *Juana Lucero* (1952 [1902]), D'Halmar retrata la vida marginal de Santiago desde el naturalismo chileno (Bourgeois, 1970), que lo ubicaría "en el centro de la vida literaria chilena de los primeros años del siglo XX" (Mansilla, 2002, p. 60). Después de este acierto, D'Halmar capitalizó los ánimos socialistas y la buena recepción de Lev Tolstói en la época, para liderar el proyecto de la *colonia tolstoyana*, un retiro espiritual de artistas e intelectuales arrojados a la vida católica y rural en San Bernardo, a las afueras de Santiago (Galgani, 2006). Esta experiencia entre 1904 y 1905, formó el mito de D'Halmar y a su aventajado retorno trabajó como redactor en El Mercurio de Santiago, propiedad del ex canciller Agustín Edwards, empleo que lo relacionaría con importantes personalidades de la política nacional.

En 1907, D'Halmar se entrevista con Federico Puga Borne —político, senador y tío de su amigo Fernando Santiván—, quien fue designado por tercera vez como Ministro de Relaciones Exteriores y Colonización de Chile ese año. Conociendo sus cualidades literarias, Puga pronto lo nombra su secretario personal en el palacio de La Moneda. En este intenso trabajo, la confianza entre Puga y D'Halmar creció en poco tiempo, al punto que, sabiendo de la vocación orientalista del joven escritor, en octubre de 1907 el canciller le ofrece el puesto de Cónsul General en la India (D'Halmar, 1975). De este modo, el artista tuvo delante de sí la oportunidad soñada de viajar a Oriente (India, Egipto, Turquía) y

visitar Europa (Inglaterra, Francia, Grecia, Italia y Suiza) subsidiado por el Estado chileno, en una carrera consular que le permitiría a la vez escribir, desarrollando su estilo orientalista y exotista. En medio de la gestión diplomática y de su apogeo literario, D'Halmar enferma en junio de 1908 y Puga lo regresa a Chile. Coincidentemente, por estas fechas, en mayo de 1908 el consulado chileno en Chiclayo había quedado vacante, ocasión que el escritor aprovecha para evitar interrumpir su carrera diplomática, siendo nombrado en octubre de 1908 como agente consular chileno en el Puerto de Eten, en Perú, un pueblo y país tan inesperados como desconocidos para él.

El ambiente hostil de Puerto Eten

Paralelo a la consolidación artística de D'Halmar, en 1908 la provincia de Chiclayo y sobre todo el Puerto de Eten se encontraba también en un proceso de transformación gatillado por la inversión de capitales extranjeros sobre la industrialización de las haciendas azucareras y los ferrocarriles (Gómez y Bazán, 1989; Aldana, 2017). Habían pasado apenas veinte años después de la capitulación peruana en la guerra con Chile y la cuestión de Tacna y Arica aún continuaba en disputa política. Pero el crecimiento de las importaciones en la costa norte haría pertinente el restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre ambos países. El 4 de agosto de 1904 se reabre la primera agencia consular chilena en Perú, a cargo de Aureliano de la Cruz en el puerto del Callao, seguido de Luis Moreira en el puerto de Paita en mayo de 1905 (Ministerio de Relaciones Exteriores de Perú, 1911). Un año después, en marzo de 1906 se nombra a Waldo Díaz Ugarte como cónsul chileno en Chiclayo, el primero de la posguerra en Lambayeque (Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, 1908b), al cual sucede Augusto D'Halmar el 24 de octubre de 1908 (Ministerio de Relaciones Exteriores de Perú, 1908a).

D'Halmar llega con 26 años, sufriendo la hostilidad de un Puerto Eten enardecido por la memoria de la guerra. Este escenario

de indignación en la costa norte contra los chilenos se agravó con incidentes públicos y políticos como la chilenización de Tacna y Arica en 1907 (Álvez e Irarrázaval, 2000), la masacre del colegio Santa María de Iquique de 1907, donde murieron familias peruanas (Bravo Elizondo, 1993) y la destrucción de las piedras campanas del morro de Eten, importantes artefactos rituales de los etenanos, a manos del predecesor de D'Halmar, Waldo Díaz Ugarte (Peña, 2014; Puican, 2018). Estos tres eventos desataron movilizaciones y protestas en Puerto Eten entre 1907 y 1912, que hoy pueden documentarse históricamente. Conociendo el repudio antichileno de los pobladores de Eten, Waldo Díaz había sentenciado que ningún sucesor suyo en el cargo de agente consular podría soportar dos meses en este puerto (Peña, 2014, pp. 104-105), sin embargo, Augusto D'Halmar se quedó durante ocho años (1908-1916), ejerciendo una estrategia de evasión del conflicto: "Para vivir tranquilo uno necesita envolverse en un heroísmo pasivo, no hablar, no moverse y aun aparentar que no piensa: así no se tiene incidentes" (D'halmar, 1916, p. 5).

Durante su estadía en Eten, D'Halmar sentía un profundo rechazo local, asumiéndose como una estrella caída en el puerto frente al mar del país enemigo (Galgani, 2020). En esta etapa de renovación a partir de las cenizas, el chileno, sin embargo, no deja de escribir, iniciando los borradores de *La sombra del humo en el espejo* (1924) y de *Nirvana* (1918), con las memorias frescas de su viaje al Oriente próximo. En 1914 termina la novela corta *La lámpara en el molino* (1914), enviada a Santiago de Chile para su publicación. Así también envía cuentos, notas y artículos para la revista Zig-Zag de la misma ciudad y compone la novela principal sobre su estadía en Perú, llamada *Gatita*. A pesar (o a razón) de su inesperado contexto, *Gatita* (1916) tiene relevancia para delinear la vida social de Puerto Eten y el proceso de transformación del artista autoexiliado en el desierto norteño. El desplazamiento de D'Halmar a un lugar extraño, aunque cercano, y la enajenación formulada por sus enemigos locales, hacen que esta novela se inscriba en la fase exotista

del autor heredada de Pierre Loti (Galgani, 2007, pp. 240-241). En *Gatita*, el chileno narra su romance con una niña etenana logrando, no obstante, la brevedad del texto, un dedicado esbozo del folclore de los pobladores del puerto con elementos exotistas y orientalistas.

La vida editorial de *Gatita*

D'Halmar incluye en *Gatita* los pasajes literario-biográficos de su estadía en Puerto Eten entre 1908 y 1916, finalizándola inmediatamente a su salida del Perú. En abril de 1916, Augusto parte en un vapor de regreso a su natal Valparaíso en Chile después de nueve años de ausencia y en medio de una gran expectativa intelectual por su retorno. Con el cuento aún sin publicar, "en una sesión del Ateneo [de Valparaíso] a la que fue invitado, [D'Halmar] leyó ante un público desbordante su novela *Gatita*" (Mansilla, 2002, p. 65). Sus recuerdos en Perú fueron la presentación que convocó a las personalidades letradas del puerto de Chile, en el recibimiento del *joven maestro de las letras chilenas*, esta vez con 34 años. Entre sus amigos lo esperaban en la capital de Santiago, Pedro Prado y su grupo Los Diez, quienes le organizaron un almuerzo de bienvenida y le ofrecieron la revista homónima recientemente inaugurada por este colectivo artístico, para publicar la primicia de su novela peruana (Prado, 2021). Ya en Santiago, D'Halmar (1916b) publica *Gatita*[1] de manera íntegra en el segundo número de la revista *Los Diez* en octubre de 1916. En esta revista, *Gatita* aparece firmada por Augusto Thomson, su nombre original y es acompañada en el mismo número por el relato poético de su autoría *Cánticos y meditaciones*, firmada por El Hermano Errante, apelativo que recibió D'Halmar en el grupo Los Diez debido a sus muchos viajes por el mundo.

Al año siguiente D'Halmar partió a Europa una vez más, estableciendo relaciones con intelectuales del mundo europeo y latino, entre ellos el peruano Ventura García Calderón, a quien

[1] Versión utilizada en el presente estudio preliminar.

conoce personalmente en Francia y España. *Gatita* mostrada por D'Halmar genera buenas impresiones en García Calderón, quien se encontraba buscando autores para su recopilación de cuentos americanos como respuesta al comentario del español Pedro de Répide según el cual, tras la muerte de Rubén Darío en 1916, el continente había perdido exponentes literarios que valgan la pena (García Calderón, 1919, p. 5). Los treinta capítulos intactos de la novela *Gatita* de D'Halmar fueron entonces incluidos, junto a cuentos de Ricardo Palma, José Martí, Manuel Gutiérrez Nájera, entre otros, en la recopilación *Los mejores cuentos americanos* de 1919, editada por García Calderón en la Casa Editorial Maucci de Barcelona, la editorial donde D'Halmar había publicado un año antes *Nirvana (viajes al extremo oriente).* De la mano del diplomático peruano, *Gatita*, que hasta ese momento circulaba en el medio chileno, llega entonces a un público internacional y a algunas bibliotecas del Perú.

Poco después, *Gatita* aparece en la cuarta parte del libro *La sombra de humo en el espejo* de Augusto D'Halmar (1924), publicada por Editora Internacional de Alemania. Esta es una recopilación de los cuadernos de viaje del autor entre 1907 y 1916, organizada en cuatro partes. La primera dedicada a Egipto, la segunda a la India, la tercera al viaje desde Atenas a París y la cuarta al Perú. En esta sucesión descriptiva de lugares exóticos visitados por D'Halmar reside, según Ricardo Loebell (2009) "el sentido de compartir la primera edición de *La sombra del humo en el espejo* de 1924, [e] incorporar en una cuarta parte la novela corta *Gatita*, escrita por D'Halmar a partir de su estadía en el Perú, aunando así la trama de los primeros años de su ausencia de Chile" (p. 10). Respecto a las dos primeras versiones escritas de *Gatita,* la de 1916 en la revista *Los Diez* y la de 1919 en *Los mejores cuentos americanos,* D'Halmar corrige signos de puntuación, modifica algunos términos y agrupa capítulos, pasando de treinta a veintiséis partes. Por su edición de estilo y sus dimensiones de página, esta versión de 1924 es la base para la edición facsimilar que ustedes

lectores tienen entre manos. Otra novedad de esta publicación es que *Gatita* aparece con el subtítulo de *Costumbres del Perú,* una decisión editorial que otorga a la novela el estatus de cuaderno de viajes de un chileno visitante en la costa norte peruana y no solamente de producto estético alrededor de la historia de amor con una niña de Puerto Eten. Esta diferencia será tratada más adelante en el presente análisis.

Tras 17 años en Europa, D'Halmar regresa de Madrid a Santiago de Chile en 1934 y publica en esta ciudad sus *Obras completas*, por Ediciones Ercilla, cuyo tomo VIII está dedicado a *Gatita y otras narraciones* (1935) donde aparecen las memorias peruanas junto a dos de sus textos menores (*Toda una vida* y *En la tierra del mar*). En esta edición, *Gatita* con la misma extensión de palabras, pasa de veintiséis a veintisiete capítulos. Tras ganar el primer Premio Nacional de Literatura en 1942, la crítica de la obra de D'Halmar rescata su primera novela *Juana Lucero* (1902) y su obra culmen, *La pasión y muerte del cura Deusto* (1924), ambas ficciones desplazan la fase exótica orientalista de sus escritos (Martínez, 2004). Después de la muerte de D'Halmar en 1950 a los 68 años, *Gatita* aparece incluida, junto a otros 44 textos breves en *Antología de Augusto d'Halmar. El hermano errante [cuentos, crónicas, poemas en prosa],* publicada en 1963 por editorial Zig-Zag en Santiago de Chile.

La recepción peruana de *Gatita*

Se conoce las buenas recepciones que tuvo Gatita en sus primeras apariciones, tanto en la velada del Ateneo de Valparaíso en 1916, como en las manos de Ventura García Calderón en 1919. Este es el primer peruano que lee la novela corta desde Europa, sin embargo, se puede documentar que estando en Madrid, D'Halmar presenta Gatita por tercera vez, esta vez ante público peruano.

Después de la Primera Guerra Mundial, acontecimiento que D'Halmar reportó desde Francia como corresponsal para *La Nación*

de Buenos Aires, el chileno se muda a Madrid en 1918, donde ganará terreno intelectual, ejerciendo la traducción y edición de textos. En 1922 consigue poner su nombre en tres carteleras del Ateneo de Madrid, importante centro cultural que acogió el nacimiento de la generación literaria del 14 y del 27 en España y que consolidaría el peso de D'Halmar como escritor hasta en tres conferencias sobre las evocaciones de sus viajes en lugares exóticos y orientales. Estas primeras lecturas entre febrero y abril de 1922 incluyeron las memorias de viaje del chileno en la India, Egipto y Levante en España (Martínez, 2004, p. 50). Una cuarta se ocupó de *El poeta Milosz y el misticismo eslavo*, el 29 de enero de 1923 y en la quinta, el 24 de marzo de 1923, D'Halmar repite su presentación del Ateneo de Valparaíso de 1916, leyendo *Impresiones del Perú: Gatita* frente a un nutrido público madrileño. Nuevamente, a partir del subtítulo *Impresiones del Perú* puede notarse la concepción de D'halmar sobre *Gatita* como su relato de viajes en la provincia de Chiclayo.

El anuncio de esta quinta ponencia de D'Halmar con título peruano, concitó la atención del público latinoamericano, entre los que, por supuesto se autoconvocaron algunos intelectuales de Perú residentes en Madrid. Al finalizar la lectura de *Gatita* y después de los aplausos, empezaron las intervenciones de estos últimos asistentes desilusionados quienes, a modo de protesta, reclamaron a D'Halmar haber denigrado al Perú en su relato, describir al poblado de Eten como un árido y desolador desierto sin brillo estético y tildar a los personajes como cholos ignorantes y supersticiosos. Como trasfondo se acusa a D'Halmar de guardar enconos chilenos contra sus otrora enemigos de la guerra del Pacífico. Esta es su tercera recepción y la primera gran crítica al texto por parte de un auditorio peruano.

Una nota satírica respecto a este incidente es reproducida en la *Revista Semanal Ilustrada Variedades*, dirigida por Clemente Palma. En esta revista, Angélica Palma y Román, bajo el

pseudónimo de Marianela tenía a cargo las corresponsalías periodísticas desde Madrid, escribiendo una columna mensual denominada *De la capital castiza* (1922-1930), que incluía observaciones del movimiento político, artístico e intelectual de los años veinte en España (Sirvent, 2012). Tomando especial interés en la relación intelectual entre Perú y Madrid en su actividad periodística y editorial, Angélica Palma asiste a la presentación de *Impresiones del Perú: Gatita* en el Ateneo de Madrid. Esta conferencia de marzo de 1923 generó una polémica en el público peruano que mereció toda la columna mensual de Marianela en *Variedades*, publicada el 12 de mayo de 1923:

> Terminó el orador, sonó el consiguiente aplauso y el periodista peruano Manuel Bedoya que, como los demás compatriotas, por respeto a la casa ajena, se había esforzado en guardar silencio durante la conferencia, protestó enérgicamente de la insidia con que se abusaba de la hospitalidad del Ateneo para presentar al Perú como nación inculta y atrasada; algunos impugnaron la protesta en nombre de la libertad de la tribuna, muchos precisamente en nombre de esa libertad la apoyaron con entusiasmo y por espacio de unos minutos reinó en la sala de actuaciones un barullo más que regular. Cuando se aquietó un tanto, el conferencista chileno dijo que le extrañaba mucho el que se hubiera visto ofensas al Perú en su trabajo, pues justamente un literato peruano Ventura García Calderón, al solicitarlo para la colección de los mejores cuentos sudamericanos, se había congratulado de que modalidades de su país hubieran encontrado artista que tan bien las interpretara. Momentos después en los pasillos, los comentaristas ponían en duda esta aseveración, duda robustecida al día siguiente por la información del Imparcial en la que se hace decir al conferencista que ese cuento lo ha publicado un editor en el Perú; pero creyéndola o no, españoles y americanos, al juzgar lo ocurrido concordaban en dos puntos: que Bedoya cumplió con su deber protestando del aspecto denigrante con que se presentaba al Perú ante un auditorio extranjero y que no valía la pena emplear

> cuarenta minutos en relatar la vulgar hazaña de sacarse una cholita. (Palma y Román, 1923a, p. 1198)

El incidente involucra al periodista y escritor peruano Manuel Augusto Bedoya Lerzundi, quien tal como lo reporta Angélica Palma encabezó la protesta contra *Gatita* y cuya pequeña gesta encarando a D'Halmar aparece resaltada en el *Variedades* del 21 de julio de 1923.

> Últimamente en el Ateneo de Madrid, hizo gallarda defensa de la causa peruana, en su réplica afortunada y valiente a la conferencia difamatoria, que desde esa alta tribuna sustentara el grafómano chileno D'Halmar, mereciendo comentarios favorables y muchas y sinceras felicitaciones de los principales miembros de tan docta institución. (Palma y Román, 1923b, p. 1839)

En el calor de las lides del medio intelectual madrileño y en los intercambios que involucran nombres de escritores peruanos y chilenos, *Gatita* es llamada por Angélica Palma como una conferencia difamatoria de la causa intelectual peruana. Esta mala recepción peruana es un episodio con el que D'Halmar cierra definitivamente sus memorias literarias con Chiclayo. Si al final de *Gatita* (1916b), el chileno había declarado ya que "el Perú está lejos para que yo vuelva jamás, y lejos esos años, ya bien vividos" (p. 105); el incidente de Madrid va a culminar literariamente su ciclo de publicación de diarios de viajes. A partir del año 1924 en Madrid, D'Halmar edita tres relatos (*La sombra de humo en el espejo*, *La pasión y muerte del cura Deusto* y *Mi otro yo)*, que lo consolidarán en el medio intelectual europeo y que lo harían dejar el estilo exótico orientalista en el pasado (Martínez, 2004).

Salvo la conferencia de 1923 en el Ateneo de Madrid, no se ha encontrado documentación ni testimonios sobre la recepción social de las ediciones de *Gatita* posterior a la muerte de D'Halmar en 1950. Hemos descrito brevemente cómo, durante sus primeros

años de circulación, la novela amplió su sentido autobiográfico hacia una suerte de bitácora de viajes con matices de exotismo oriental. Esta lectura inicial, sin embargo, quedó interrumpida por la falta de continuidad crítica y editorial que acompañó a la obra a lo largo del siglo XX.

Hoy, la presente edición facsimilar de *Gatita* devuelve la novela a la localidad peruana que la inspiró, ofreciendo a los lectores nuevas herramientas históricas y contextuales para emprender relecturas situadas. Aludiendo al status que D'Halmar confirió en vida a su novela como cuaderno de viajes sobre el Perú, proponemos una primera lectura que problematice la inserción de *Gatita* en los estudios sociales de Lambayeque, destacando que, además de su indiscutible valor literario, el texto posee una notable relevancia histórica y antropológica.

Gatita en la historia

La antropología posmoderna ha puesto en cuestión la distinción entre ficción y etnografía al concebir ambas como construcciones narrativas sustentadas en la mirada intersubjetiva del autor. En D'Halmar la fase exotista y orientalista de su obra -*Nirvana, La sombra de humo en el espejo* y *Gatita*- inspirada en la obra del francés Pierre Loti, hace que se diluya la estricta separación entre lo real y lo imaginado, pues en su narrativa se articulan los fueros interiores del sujeto y los espacios exteriores de sus recorridos orientales.

Como se percibe en *Gatita*, el acento de la narrativa exótica de D'Halmar está puesto no en el medio social que acoge sus viajes, sino en su propia mirada, sus recursos expresivos y sus contradicciones psicológicas (Galgani, 2008). Refiriéndose a Eten, D'Halmar (1916b) escribe: "Aquel puerto aislado, del norte, la ciudad rutinaria y las poblaciones del interior, se me confunden con cualquier parte del mundo" (p. 89). En efecto, el lugar carece de importancia, salvo por su provecho exótico orientalista. A pesar de

esto, D'Halmar vive ocho años en Perú, en los que adquiere de primera mano inscripciones sociales y corporales del desierto chiclayano expresados en sus estados de ánimo y sus construcciones afectivas. En lo que sigue, veamos qué tanto del mundo etenano que visita, se trasluce en *Gatita*. Con esto prestamos atención a lo que pasa inadvertido en las múltiples interpretaciones literarias de la escritura de D'Halmar, pues para el propio D'Halmar Eten es prescindible.

Gatita es una novela que sigue el hilo de la biografía de su autor y que, pese a no buscarse, expresa episodios históricos en lo glocal que la hacen una fuente primaria tan verosímil como un diario de viajes de cualquier otro extranjero de paso por Lambayeque.

El propio episodio que lleva a D'Halmar a Perú, es parte de una historia formal y social que no se ha escrito hasta el momento. Augusto Thomson, nombre civil del artista Augusto D'Halmar, fue asignado como cónsul chileno en Chiclayo con sede en Puerto Eten en 1908, en una época en que este distrito era mucho más cosmopolita que en la actualidad. Lo que testimonia *Gatita* puede servir como insumo para el estudio de los consulados extranjeros en Lambayeque: "Había venido desde el Indostán a restablecer nuestro Consulado en Eten, […] por primera vez, después de treinta años desde que tuvimos la guerra" (p. 103). Las agencias consulares, concebidas como espacios de gestión comercial, demográfica y política, ofrecen una valiosa perspectiva para comprender la historia de nuestras relaciones internacionales. Así lo sugiere el pasaje anterior y lo confirman trabajos como el de Torrico Lapoint (2012) sobre los cónsules británicos y estadounidenses en Lambayeque durante la Guerra del Pacífico, y el de Beatriz Peña (2014) sobre la destrucción de fonolitos en Puerto Eten.

Por otro lado, *Gatita* acoge episodios históricos que la ubican transversalmente en el contexto temporal peruano y latinoamericano. Un fenómeno natural como el Cometa Halley mencionado en la novela, hace que el tiempo histórico se entrometa

en las memorias de D'Halmar (1916b) para ofrecer una fecha exacta: "Fue esa misma altura la que escalamos para tratar de distinguir el cometa de 1910, el viernes 13 de mayo, me acuerdo, cuando todavía no amanecía" (p. 98). El cometa fue avistado en Perú y en otros países de Latinoamérica la noche del miércoles 18 de mayo de 1910, entre gran expectativa y zozobra. Este temor a lo desconocido generó psicosociales, alarmas pseudocientíficas, oportunidades mercantiles en materia astronómicos y genuinos miedos espirituales (Herrero, 2020). Así también la historiografía local puede constatar otro fenómeno que recorrió Latinoamérica, esta vez teatral, mencionado en los recuerdos de D'Halmar (1916a), aunque no en Gatita. El famoso ilusionista italiano Enrique Onofroff, a quien D'Halmar conoció en persona en Chiclayo, llegó a esta ciudad en 1912 presentándose en el teatro Dos de mayo (Díaz Torres, 2024). En una entrevista hecha para el semanario Sucesos en 1916 preguntaron al chileno: "¿Usted vio trabajar a Onofroff? Con perfecta naturalidad, responde: —No. Él me vio trabajar a mí" (D'Halmar, 1916a, p. 5), aludiendo a sus propias cualidades de fascinador y orador de teatro.

Esta actitud de presunción en los relatos de su vida, llamada snobografía por Loebell y grafomanía por Angélica Palma, impide saber en dónde acaba la ficción y comienza la biografía en los relatos de D'Halmar. En el plano social, las descripciones etnográficas que ofrece sobre el escenario social de Puerto Eten pueden contrastarse con los estudios folclóricos realizados en las primeras décadas del siglo XX en el espacio microrregional de Eten, Reque y Monsefú. Los trabajos sobre Eten desarrollados por letrados contemporáneos a la visita de D'Halmar como Benjamín Calderón y Calle, Hans Heinrich Brüning y Carlos Bachmann, y posteriormente por León Barandiarán, Rómulo Paredes, José Mejía Baca, Carlos Camino Calderón y Mario Puga Imaña, permiten establecer un valioso diálogo entre literatura y etnografía en Lambayeque (Portilla Miranda, 2019). Pese a que D'Halmar no se interesó por conocer o interactuar con los autores mencionados, ni leyó sus aportes, las

descripciones antropológicas de *Gatita* sobre Puerto Eten coinciden con las de los autores mencionados.

El registro definitivo de la ausencia de barreras entre ficción literaria y experiencias históricas, parece ser la simultaneidad temporal de sus confesiones personales en la novela como en sus cartas. En su correspondencia desde Puerto Eten a sus amigos personales como Pedro Prado y Anita Swinburn, disponibles hoy en día digitalmente, D'Halmar retrata su vida con pasajes idénticos a los publicados en *Gatita*. Sus cartas desde Eten, exploradas parcialmente por Galgani (2020), confiesan por ejemplo su malestar por el ambiente de hostilidad de los etenanos, junto con aspectos específicos del medio geográfico de Eten como la poca variedad de flores en los jardines del distrito. Por último, tanto las cartas como la novela testifican la existencia de documentos valiosos para la historia regional, aunque no encontrados hasta el momento: "Ese inventario duerme hoy en el fondo de mi escritorio, con mis letras Patentes del Perú y una memoria sobre la caña de azúcar" (D'Halmar, 1916b, p. 103).

Como vemos, los pasajes de *Gatita* no pertenecen al terreno de la ficción, sino que proceden de la memoria literaria del autor. Si consideramos esta novela como una fuente primaria sobre Puerto Eten entre 1908 y 1916, surge entonces una pregunta estimulante: ¿qué datos históricos novedosos ofrece *Gatita* que no hayan sido ya enunciados o constatados en los esbozos de historia y folclore sobre este distrito?

En este estudio hemos señalado, para comenzar, al menos uno. El contexto oficial de la llegada de D'Halmar como agente consular chileno tras la Guerra del Pacífico hace que *Gatita* sea un fiel testimonio del clima de hostilidad que marcó la interacción entre etenanos y chilenos treinta años después de la expedición del comandante Lynch en Lambayeque. La novela se erige, además, como la única fuente que recoge la memoria colectiva local sobre los enfrentamientos bélicos entre Perú y Chile en Puerto Eten,

reflejados en tres acontecimientos políticos y públicos que tensionaron esta relación internacional en la década de 1910: la chilenización de Tacna y Arica, la masacre del Colegio Santa María de Iquique en 1907 y, en el propio Puerto Eten, la destrucción de las piedras campanas (fonolitos) a manos del chileno Waldo Díaz ese mismo año. D'Halmar no menciona este incidente del que debió tener obligadas referencias, pero sí recepciona el mal recibimiento de los etenanos y de la propia Gatita, que en arranques de subconsciente lo insultaba diciéndole chileno.

De este modo, *Gatita* trasciende su valor literario para revelarse como una fuente histórica y antropológica. En sus páginas convergen la memoria y la identidad, un registro biográfico de cómo Puerto Eten reelabora su experiencia frente al trauma de la guerra y al encuentro con el otro, iluminando los procesos de construcción cultural y social que definieron la sensibilidad lambayecana de comienzos del siglo XX.

La postura etnográfica de *Gatita*

Integrar a *Gatita* en la discusión de los estudios sociales en el ámbito local tiene pertinencia no solo sobre lo que dice sobre la cultura y población de Chiclayo, sino sobre quién y cómo lo dice. D'Halmar no es el primer extranjero que visita Eten y escribe impresiones sobre el distrito. Debido al puerto, el muelle y los ferrocarriles, en la primera parte del siglo XX, Eten era bastante concurrido por visitantes nacionales e internacionales que se interesaron por este enigmático reducto mochica, dejando por escrito esbozos sociales, etnográficos, folclóricos y lingüísticos que hoy componen valiosas fuentes históricas y culturales en Lambayeque. A inicios del siglo XX, Eten conservaba una lengua y costumbres a punto de extinguirse, lo cual convocó la reflexión de visitantes como Ernst Middendorf, Carlos Bachmann, Hans Heinrich Brüning, Adolf Bastian, Thomas Hutchinson, Aurelio Miró Quesada, Manuel Albertini y la aproximación de locales letrados como León

Barandiarán y Rómulo Paredes, José Mejía Baca, Carlos Camino Calderón y Mario Puga Imaña (Portilla Miranda, 2019). Todos son, salvo Benjamín Calderón y Calle, foráneos que le otorgan un relato social a Eten partiendo de su propia enajenación con el territorio.

Gatita como cuaderno de viajes puede ser elocuente de la postura de enunciación mestiza, letrada y distante de los descriptores foráneos en la zona de Puerto Eten, Ciudad Eten, Monsefú y Reque a inicios del siglo XX, espacio indígena de la provincia de Chiclayo. Proponemos en este estudio preliminar que la visita etenana de D'Halmar, literato con intenciones exóticas y orientalistas, es un caso extremo e idóneo para entender el exotismo con que se asume afectiva y corpóreamente la descripción de la vida social de los nativos de la costa en Lambayeque. A diferencia de otros extranjeros, D'Halmar llega a Eten con un estilo centrado en su propio goce que le permite explicitar en primera persona su postura social, corporal y afectiva en cada paso sobre el desierto chiclayano. El chileno comienza *Gatita* (1916) confesando: "Sólo sus gentes me parecieron tan banales que apenas si recuerdo la fisonomía de una cholita y de un gato" (p. 89). Esta mirada lo sitúa en la tradición del snobógrafo que Loebell (2017) o el orientalista de Said (2008 [1979]), aquel que, al describir lo exótico, termina describiéndose a sí mismo, una forma de exploración identitaria donde el yo se proyecta sobre el otro.

Venido de una familia de comerciantes marinos franceses llevada a la ruina en Valparaíso, D'Halmar forma en Santiago la imagen y pretensión de un aristocratismo a partir de su distinción respecto a las clases llanas y los indígenas (Loebell, 2017), cuestión que va a notar tempranamente su amigo Fernando Santiván en Chile (1955):

> En la obra de Thomson no existen manifestaciones de comprensión y simpatía para el hombre de pueblo. A lo más expresa ternura por algunos servidores a quienes consideró, no por sus virtudes intrínsecas, sino por el avasallamiento que sintieron por el señor auténtico o figurado que se consideraba él. […] En

> sus cuentos *Coilipo, Mamá Dotea, Gatita* y otros, observa con asombrada curiosidad las buenas cualidades de personas que pertenecieron al gremio de criados. Para él, esos seres fueron un poco más que Selika, un animalito que le fue adicto y al que dedica páginas emocionadas. (pp. 289-290)

En efecto, la experiencia afectiva con Gatita es una fantasía de alteridad, donde la niña deviene símbolo de un mundo otro, sensual y marginal, sobre el que el narrador proyecta su exotismo interior. Por otro lado, la objetivación exótica de D'Halmar en *Gatita* llega al extremo de considerar a la niña protagonista como un animal doméstico: "para mi nodriza chilena, todo devoción por mí y todo menosprecio hacia ese pueblo de color, la cholita no venía a ser sino otro animalito mío, que era preciso mantener limpio y bien enseñado" (1916b, p. 94). Como hemos visto, la degradación del poblador etenano en lo literario le valió en lo público una indignada respuesta del auditorio peruano de *Gatita* en 1923. Sin embargo, poniendo en suspenso el examen moral, el texto puede dar una idea sobre los escenarios escriturales del indigenismo norteño.

En la costa norte peruana existen etnias no relacionadas por el vacío sino por el poder expresado, entre lo demás, por la escritura y lo académico. Estos elementos de dominación epistémica remontan a las jerarquías coloniales del saber a nivel global. El palestino Edward Said (2008 [1979]) ha interpretado con acierto cómo los estudios que Europa Occidental hace sobre el Medio Oriente (Egipto, Palestina, Líbano, India) generan un discurso *orientalista* que define el propio occidente a partir de su diferencia con el otro orientalizado y que, en lo político, justifica la colonización del espacio de Oriente a través de su descripción literada. Lo mismo sucede, a opinión de Ramos (2012), con la objetivación mestiza del indigenismo en América Latina:

> Las imágenes del indígena que componen este caleidoscopio de perspectivas, siempre se ve la imagen, o más precisamente, la

> antiimagen, del blanco, del supuesto civilizado. El indígena como espejo, casi siempre invertido, representa una de las metáforas más omnipresentes y persuasivas en el ámbito interétnico. (párraf. 5)

En la literatura latinoamericana de inicios del siglo XX, el exotismo se manifiesta tanto en la mirada europea que idealiza al continente, como en la autoexotización de escritores como Rubén Darío, quienes incorporan elementos orientales y fantásticos del espacio indígena para distinguir estéticamente su obra y afirmar una identidad mestiza americana. Otros orientalistas del novecientos, influidos por Francia e Inglaterra, escribieron relatos clásicamente orientales con los ojos puestos no en sus propios indios, sino en Oriente, estando o no en aquellos países. D'Halmar, entre ellos, fue a Calcula y Egipto "a escribir algunos hermosos libros del Oriente. [Pues Pierre] Loti ya está viejo" (D'Halmar, 1975, p. 351). Por la casualidad de un consulado y de un viraje de caminos, el Loti chileno llegó a Puerto Eten, un escenario interétnico de predominancia indígena y encontró en este desierto tradicional no muy distinto "a Palestina, o bien que aquel caserío estaba en Mahé de Indias o en Djibuti del África" (D'Halmar, 1916b, p. 89), un lugar exótico para afianzar y continuar su literatura orientalista. Eten, tratado hasta ese momento desde el indigenismo (Portilla, 2019), fue entre 1908-1916 objeto directo de un orientalismo en lo literario y en lo etnográfico.

La postura de D'Halmar en *Gatita*, es acaso la muestra más delineada del poco o mucho exotismo con que los extranjeros visitantes de Lambayeque observaban al nativo costero. Su actitud aristócrata, asentada en la pretendida alcurnia criolla como herencia de los colonizadores de indios y forjadores de las repúblicas americanas, no aleja mucho a D'Halmar de las trayectorias de aquellos primeros observadores y folcloristas nacionales, quienes se interesaron en las culturas tradicionales desde lo extraño y lo encantador del nativo. A pesar de las procedencias comunes con otros letrados, nadie como D'Halmar declaraba con tanta

vehemencia su separación aristócrata respecto del indio, lo que valió para que Angélica Palma en 1923 hiciera sátira de aquella postura, "desde la azotea de la mansión consular, la mejor casa de Eten, que conste" (p. 1198). Esta lúcida ironía en la lectura de *Gatita* sirve para entender la enajenación y el desplazamiento eurocéntrico de los primeros relatos sociales sobre la costa norte.

Ahora bien, en el ámbito de lo corpóreo, no tenemos un tercer observador que nos narre las distancias y proximidades de D'Halmar en Eten, pero sí la narración de su compañero Santiván (1955) en su viaje hacia la zona rural de San Bernardo en el proyecto de la Colonia Tolstoyana de 1904. En este viaje D'Halmar fue llevado por sí mismo a convivir con la población andina de Santiago, ante su visible distanciamiento:

> La delgada figura de Thomson, con gorrilla de viaje y guardapolvo de brin, surgía como la de un inglés de zarzuela española, largo y flemático. Miraba en derredor, y, al observar a nuestros compañeros de viaje, una mueca de alarmada pulcritud prendía en su boca estremecida por ligero tic nervioso. Julio [Ortiz] y yo [Fernando Santiván] afectábamos complacencia campechana en contacto del hermano pueblo, a quien íbamos a conocer de cerca y a redimir. (p. 105)

En el chileno podría notarse una falta de compenetración corporal y espiritual con los indios. Nuevamente, el orientalismo es mucho más valioso como signo de una mirada distante, que como fiel descripción del espacio social (Said, 2008 [1979], p. 26). Aun así y pese a no interesarle realmente, D'Halmar vivió ocho años en uno de los últimos pueblos mochicas de la costa norte peruana, lo que obligatoriamente influyó para que *Gatita* ofrezca entre sus exploraciones autobiográficas, observaciones etnográficas sobre Puerto Eten entre 1908 y 1916, por lo menos sobre las expresiones lingüísticas, los rituales sociales, el género y la sexualidad.

Información lingüística

A diferencia de Bastian, Middendorf, Bruning, Albertini y Camino Calderón, D'Halmar es un visitante en Eten de inicios del siglo XX que no repara en la extraña lengua nativa de los etenanos, el idioma mochica que para 1908 estaba aún viva. En cambio, *Gatita* alude expresiones en quechua como *warmi* (mujer) y *jorgucuy* (sacarse) y arcaísmos castellanos (catay, velay y capuz) que, según el autor, eran propios del interlecto social en el desierto etenano. Estas novedosas observaciones tienen sentido si consideramos la influencia etnohistórica que el imperio Wari y el imperio español tuvieron en la costa norte después del dominio Moche y Lambayeque. Lo anterior abre interrogantes que pueden matizar la imagen de integridad lingüística y cultural de la microrregión de Eten, Monsefú y Reque, asociado a lo mochica. De este modo, el texto de D'Halmar como fuente etnográfica de inicios del siglo XX, permite atender los préstamos lingüísticos castellanos y quechuas procedentes de la época colonial en Puerto Eten.

Información sobre rituales, religión y supersticiones

A pesar de que Eten tiene una herencia etnohistórica mochica, Lambayeque y chimú, evidencia de lo cual ofrecían por ejemplo Hans Heinrich Brüning, D'Halmar asocia a los etenanos, en tanto homogéneos cholos peruanos, con la cultura Inca llamando a Eten pueblo *incásico*, algo más bien propio de las regiones del centro y sur del Perú para la época: "Todo ese pueblo en que los hombres usan la manta inmaculada […] llevando todavía el luto de sus últimos Incas" (1916b, p. 91). Esta confusión reside en la poca instrucción de D'Halmar sobre el asunto arqueológico lambayecano y, a fin de cuentas, en su desinterés aristócrata por los nativos de Puerto Eten. Al margen de esta asociación errada, sus ocho años en el medio local le permiten anotar agudas observaciones acaso no intencionadas, pero sumamente relevantes para el relato antropológico de la contemporaneidad del novecientos, cuando no del pasado de Eten.

D'Halmar observa la música con instrumentos tradicionales [caja y flauta], rituales sociales [casamiento, muerte], celebraciones litúrgicas, carnavales [decoraciones, tradiciones], pero también formas de razonar [mestizaje], espiritualidad y supersticiones [mal de ojo] de Puerto Eten. En el capítulo XIX de *Gatita*[2], por ejemplo, D'Halmar (1916b) reporta con cierta agudeza etnográfica la secuencia completa del ritual del *chucaque* en este distrito.

> La muerte de su taita, que estaba enfermo de vergüenza, según el diagnóstico etano, y que habían desahuciado el curandero y el zahorí; y entonces, como de todos modos precisaba romper el *chucoque*, se había llamado al Aliviador, que era siempre un hombre forzudo, vestido de un capisayo y a quien se daba a beber cañazo con tabaco, para que tuviese más bríos. Y el Aliviador había hincado un codo en el ombligo del moribundo y, persignándolo con ceniza, lo había acabado con todo su peso muerto. Entonces los compadres rezaron y bebieron durante tres días, y durante tres días gimieron las comadres para que no penase el alma del finado. Y sobre la huaca, en el camposanto, no quedó otra cosa que una losita blanca, para reconocerle, por si acaso. (pp. 98-99)

Como fue mencionado, tales observaciones se tejen a partir de su observación presente, aunque distante en las calles del puerto, pero sobre todo de su convivencia afectiva con Gatita, la niña protagonista del relato. La primera postura entre sujeto observante y objeto observado es una relación clásica de la antropología asumida ampliamente en los estudios peruanos y lambayecanos desde el siglo XIX, sin embargo, pocos esbozos sociales parten de la segunda postura sexoafectiva con los nativos y ninguno hasta el momento de modo explícitamente reflexivo en Lambayeque. La primera enunciación alude a un observador quieto sobre un grupo inmerso en actividades cotidianas; pero la segunda postura es más cercana a un estudio de caso en proximidad y participación con una pobladora

[2] Capítulo XVI en la presente edición.

etanana racializada, sexualizada e infantilizada, a partir del cual se organizan anotaciones etnográficas. De este modo, el estilo exotista y orientalista de D'Halmar llevan a describir a la niña Gatita a partir de sus características físicas, indumentaria tradicional, comportamiento, conocimientos tradicionales, espiritualidad y afectos.

Información sobre género y sexualidad

La relación sexoafectiva del autor, de entre 26 y 34 años con una adolescente de 13 ofrece sin duda reflexiones en la historia y la antropología de Puerto Eten sobre género y sexualidad. Si bien la violencia y desigualdad de género persisten en la actualidad como problemáticas vigentes, el análisis de *Gatita* exige reconocer la distancia histórica y cultural que media entre el presente y la época en que fue escrita. Esa distancia permite observar cómo se configuraban los códigos de moral, deseo y autoridad en un contexto donde el honor familiar y la posición social determinaban las respuestas específicas ante los conflictos sexoafectivos.

El delito de estupro fue ampliamente reconocido y comentado en Eten a partir de la década de 1920, tal como lo registran las tradiciones y notas folclóricas de León y Paredes (1935), Mejía Baca (1988 [1937]) y Camino Calderón (1973 [1942]). Previo a esto, la novela de D'Halmar describe cómo los padres y hermanos de Gatita recurren a estrategias de intercambio económico para resguardar el honor familiar ante a la afrenta, ofreciendo insumos para reflexionar sobre las normas y relaciones de género en el contexto local de comienzos del siglo XX.

Por su parte, el motivo del "sacarse una cholita", eje de la trama de *Gatita* (1916), fue desde sus primeras recepciones en Madrid en 1923, objeto de moralización e ironía, al ser leído tanto como un episodio de transgresión sexual como una expresión de exotismo colonial. Este tópico, más allá de su tono narrativo, permite explorar las representaciones de género y poder que estructuran la

mirada del autor hacia el cuerpo y la subjetividad femenina indígena (Aros, 2021). En este sentido, la novela refleja el modo en que los discursos de deseo, raza y clase se articulan en el imaginario posbélico de las relaciones entre Chile y el norte peruano.

Los estudios contemporáneos han revalorizado Gatita no solo por su singularidad literaria, sino por su potencial como documento para los análisis de género y sexualidad. Diversas lecturas de *Gatita* y otros relatos de D'Halmar la interpretan como una obra que anticipa, desde su ambigüedad erótica, una sensibilidad *queer* y homoerótica en la representación del vínculo entre el narrador adulto y la figura ambivalente de una niña-niño (Molloy, 2000; Aros, 2021; Cottiene, 2022). Esta relación, inscrita en la retórica del exotismo y la fascinación por *lo otro*, exhibe las tensiones entre deseo, poder y otredad racial que configuran las prácticas afectivas coloniales y republicanas.

Devolución al territorio

Gatita es un texto invisibilizado en la obra de un autor chileno que pasó, a su vez, inadvertidamente ocho años en el Puerto de Eten entre 1908 y 1916 y que relata en treinta breve capítulos sus memorias del puerto y su interacción amorosa con una niña etenana. En lo anterior hemos esbozado la vida social del texto de D'Halmar, desde su publicación en octubre de 1916, su recepción entre 1917 y 1924 al público letrado chileno desde Santiago y peruano desde Madrid, sus posteriores reediciones entre 1930 y 1950, hasta nuestros días. En aquel período inicial D'Halmar en persona organiza las interpretaciones de *Gatita*, presentándola con el epíteto de impresiones o costumbres del Perú, en tanto cuaderno de viajes, un sentido que va a cambiar más adelante. Tras la muerte de D'Halmar, en los setenta años de estudios e interpretaciones sobre su vida y obra hasta nuestros días, se ha releído *Gatita* únicamente desde los contenidos literarios, orientalistas y homoeróticos de la historia del romance, dejando en suspenso el espacio social y la

localidad que acoge su relato. Hoy, a 110 años de su publicación, la iniciativa de rescate editorial de Pobre Cartonera de Chiclayo, reapropia y devuelve el anclaje territorial de las páginas de *Gatita*. De este modo, el texto regresa por primera vez a las manos de chiclayanos y etenanos, en las ciudades que inspiraron su relato.

Lo que permite la (re)territorialización de *Gatita* es resaltar que, junto a su valor estético y literario, este texto guarda bondades históricas y antropológicas al momento de pensar, a través de sus pasajes, la vida cotidiana del Puerto de Eten, en la provincia de Chiclayo entre 1908 y 1916. Como hemos anotado, del lado histórico con *Gatita* ofrece luces sobre la memoria posbélica y el sentimiento antichileno de un pueblo que sufrió en primera fila la destrucción de la Guerra del Pacífico y la expedición Lynch en 1880. Del lado antropológico, el texto ofrece descripciones etnográficas sobre lingüística, rituales, tradiciones, género y sexualidad en una villa de cholos lambayecanos de inicios del siglo XX. Ambos contextos suceden en una etapa de profundas transformaciones del aspecto de las ciudades y de la vida cotidiana en Chiclayo, específicamente en una época en que el capitalismo industrial de las haciendas azucareras transforma sin marcha atrás al Puerto de Eten.

En conjunto, la relectura de *Gatita* desde su territorio de origen permite restituir al texto su espesor histórico y su densidad cultural. Más que una curiosidad literaria o un episodio excéntrico en la obra de D'Halmar, la novela se revela como un documento que enlaza literatura, memoria y etnografía, ofreciendo una ventana privilegiada para comprender las transformaciones sociales, los imaginarios de género y las tensiones identitarias del norte peruano de comienzos del siglo XX.

Bibliografía

Aldana Rivera, S. (2017). Liberalismo, economía y región: el escenario norteño entre 1840 y 1930. En C. Contreras Carranza y E. Hernández García (Edits.), *Historia económica del norte peruano* (1ra ed., págs. 189-252). IEP; BCRP.

Álvez Marín, A. e Irarrázaval Gomein, A. (2000). El plesbicito sobre el destino de Tacna y Arica como solución jurídica a un conflicto bélico. El aporte de Federico Puga Borne. *Revista de estudios histórico-jurídicos, XXII*, 193-214. https://www.rehj.cl/index.php/rehj/article/view/316/304

Aros, P. (2021). El deseo como emplazamiento geográfico en Pasión y muerte del cura Deusto de Augusto D'Halmar. *Revista Historia Autónoma*(19), 39-60.

Bourgeois, L. (1970). Augusto D'halmar, el Loti hispanoamericano. *Hispanófila*(39), 43-54. https://www.jstor.org/stable/43806960

Bravo Elizondo, P. (1993). *Santa María de Iquique 1907: documentos para su historia.* Ediciones del Litoral.

Camino Calderón, C. (1973 [1942]). *El Daño.* Peisa.

Cottiene, S. (2022). Inscripciones sobre el corpus D'Halmariano: tatuajes, reflejos y fugas en Nirvana y la Somba de humo en el espejo. *Literatura y Lingüística*(45), 45-64. https://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0716-58112022000100045&script=sci_arttext

D'Halmar, A. (1914). *La lámpara en el molino.* Imp. New York.

D'Halmar, A. (4 de mayo de 1916a). Augusto D'Halmar. *Sucesos. Semanario de Actualidades. Año XIV*(710), 3-7. https://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:124275

D'Halmar, A. (octubre de 1916b). Gatita. *Los Diez*(II), 89-105.

D'Halmar, A. (1918). *Nirvana.* Casa Editorial Maucci.

D'Halmar, A. (1924). *La pasión y muerte del cura Deusto.* Editorial Internacional.

D'Halmar, A. (1924). *La sombra de humo en el espejo.* Editorial Internacional.

D'Halmar, A. (1952 [1902]). *Juana Lucero.* Editorial Nascimento.

D'Halmar, A. (1975). *Recuerdos olvidados.* Editorial Nascimento.

Galgani, J. (2008). *Augusto D'Halmar: un proyecto cultural y literario a comienzos del siglo XX.* Ediciones UCSH.

Galgani, J. (2020). Cartas de Augusto D'Halmar a Pedro Prado desde Etén. *Anales de Literatura Chilena*(34), 189-200.

Galgani, J. A. (2006). La Colonia Tolstoyana: Síntesis de las tendencias artísticas de inicios del siglo XX. *Acta Literaria*(32), 55-69.

García Calderón, V. (1919). *Los mejores cuentos americanos.* Casa Editorial MAUCCI.

Gómez Cumpa, J. y Bazán Alfaro, I. (1989). *Capitalismo y formación regional. Chiclayo entre los siglos XIX y XX.* Chiclayo: Concytec.

Herrero, J. (2020). Clemente Palma, Carlos Toro y el paso del cometa Halley en 1910. *Revista Hispánica Moderna, 73*(2), 176-188. https://www.jstor.org/stable/27141334

León, A. y Paredes, R. (1935). *A golpe de arpa.*

Loebell, R. (2009). Desplazamiento imaginario: una lectura contemporánea de Agusto D'Halmar. En A. D'Halmar, *La sombra de humo en el espejo* (págs. 9-60). Sangría Editora. https://sangriaeditora.com/wp-content/uploads/2009/12/La-sombra-del-humo-en-el-espejo-Extracto.pdf

Loebell, R. (2017). Augusto d'Halmar: una snobografía. *Cuadernos Lírico*(16). http://journals.openedition.org/lirico/3597

Martínez, J. (2004). Chilenos en Madrid. Augusto D'halmar. *Anales de literatura chilena*(5), 45-60. https://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/colecciones/BND/00/RC/RC0217107.pdf

Mejía Baca, J. (1988 [1937]). *Aspectos criollos. Contribución al folklore costeño.* CONCYTEC.

Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile. (1908b). *Cónsules estranjeros constituidos en Chile hasta el 31 de enero de 1908.* Imprenta y litografía La Unión. https://es.scribd.com/doc/94848972/Servicio-Consular-de-Chile-y-consules-extranjeros-constituidos-en-Chile-hasta-el-31-de-Enero-de-1908-1908

Ministerio de Relaciones Exteriores de Perú. (1908a). *Boletín del Ministerio, Año III, Número XXX.* Imprenta Torres Aguirre. https://books.google.com.pe/books?id=0fkrAAAAYAAJ&printsec=frontcover&dq=ministerio+de+relaciones+exteriores+peru+1908&hl=es&newbks=1&newbks_redir=0&sa=X&ved=2ahUKEwitmo3lm5mMAxUwq5UCHQDzFxUQ6AF6BAgMEAM#v=onepage&q=lambayeque&f=false

Ministerio de Relaciones Exteriores de Perú. (1911). *Boletín del Ministerio, Año VIII, Número XXXVIII.* https://books.google.com.pe/books?id=6NwJtdZbgoQC&pg=RA5-PA102&dq=ministerio+de+relaciones+exteriores+chile+consulado+chiclayo&hl=es&newbks=1&newbks_redir=0&sa=X&ved=2ahUKEwjLsNv1tZqMAxVPIrkGHSSzKG0Q6AF6BAgMEAM#v=onepage&q&f=false

Molloy, S. (2000). Of queens and castanets: Hispanidad, orientalism, and sexual difference. En C. Patton, & B. Sánchez-Epper (Edits.), *Queer diasporas* (págs. 105-121). Duke University Press.

Palma y Román, A. (12 de mayo de 1923a). De la capital castiza. *Variedades, XIX*(793), 1197-2000.

Palma y Román, A. (12 de julio de 1923b). La figura de la semana: Manuel A. Bedoya. *Variedades, XIX*(303), 1839. https://books.google.com.pe/books?id=aWbwAAAAMAAJ&pg=PA1839&dq=Manuel+Bedoya+halmar&hl=es&newbks=1&newbks_redir=0&sa=X&ved=2ahUKEwjSkuC1xZaQAxWXCbkGHb1ONJ4QuwV6BAgLEAc#v=onepage&q=Manuel%20Bedoya%20halmar&f=false

Peña, B. C. (2014). *Fonolitos. Las piedras campanas de Eten: rituales, milagros y codicia.* Glyphos Publicaciones.

Portilla Miranda, D. (2019). *El cholo de Eten. La narrativa sobre el indígena del distrito de Eten del departamento de Lambayeque.* Tesis de maestría, Pontificia Universidad Católica del Perú, Escuela de Posgrado, Lima. https://tesis.pucp.edu.pe/repositorio/handle/20.500.12404/15185

Prado, P. (2021). *Epistolario decimal. Pedro Prado - Manuel Magallanes Moure.* (P. Maino Swinburn, Ed.) Ediciones Universidad Católica de Chile.

Puican, G. (2018). *Puerto Eten, 1867-2018.* Fondo Editorial del Congreso del Perú.

Ramos, A. (2012). Indigenismo: um orientalismo americano. *Anuário antropológico, 37*(1), 27-48. https://journals.openedition.org/aa/268

Said, E. (2008 [1979]). *Orientalismo.* (M. L. Fuentes, Trad.) De Bolsillo.

Santiván, F. (1997 [1955]). *Memorias de un tolstoiano.* Editorial Universitaria.

Sirvent, M. P. (2012). *Angélica Palma: su vida y su obra (1878-1935).* Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid. https://docta.ucm.es/rest/api/core/bitstreams/bff3d6b9-50a0-441a-8491-2e31df207045/content

Torrico Lapoint, A. (2012). *Nuestros gringos. Historia del cuerpo consular norteamericano en la costa norte del Perú durante la Guerra del Pacífico.* ICPNA.

Agradecimientos

Mi acercamiento a D'Halmar fue tan fortuito como el suyo a Eten. A mediados de 2021, asumiendo la herencia de los norteños *huaqueros* de documentos y archivos sobre Lambayeque, encontré el artículo *Cartas de Augusto D'Halmar a Pedro Prado desde Etén* (sic), que Jaime Galgani publicó en 2020. Leyendo las primeras líneas de la introducción me enteré que un importante escritor chileno pasó ocho años como cónsul en Puerto Eten, a veinte minutos de mi ciudad Chiclayo y que escribió una novela con un tema controversial y pertinente. *Gatita* tuvo para mí desde ese momento una atención que crecía junto a numerosas preguntas. Con el apoyo y aliento de Diego Portilla Miranda, a quien expreso mi reconocimiento, hoy tengo el gusto de compartir con ustedes parte de lo que me ha sido mostrado sobre *Gatita*.

Habiendo publicado el año pasado la edición facsimilar de *Versos* (1902), de José Eufemio Lora y Lora, Editorial *Pobre Cartonera* presenta ahora un nuevo rescate editorial de un texto de gran relevancia histórica y literaria para la región Lambayeque. Expreso mi profundo reconocimiento al proyecto independiente y autogestionado *Pobre Cartonera*, que regresa *Gatita* (1916) al territorio que la inspiró después de más de un siglo.

Agradezco especialmente a Jaime Galgani, decano de la Facultad de Historia, Geografía y Letras en la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, incansable estudioso de D'Halmar, por compartirme un poco de su pasión por el escritor y me aclarar mis dudas sobre su proceso escritural. Mi gratitud también a Beatriz Peña, José Ragas y Pedro Maino por ofrecerme generosas pistas sobre la ubicación de las fuentes y archivos sobre D'Halmar en Chile.

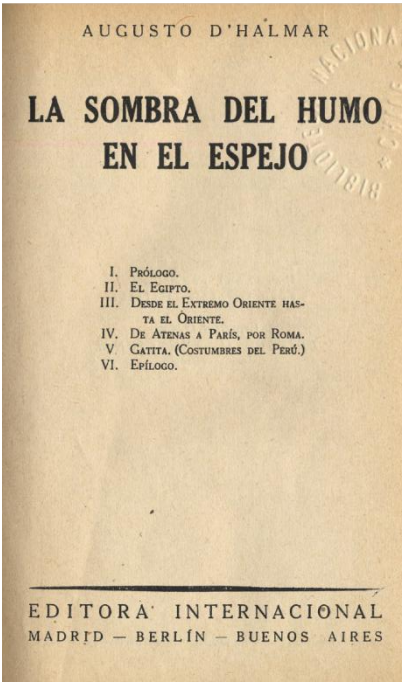
Guardo un cariñoso recuerdo de Xiomara, Jesús y Santiago, que me recibieron afectuosamente en Chile durante mi estadía de investigación sobre D'Halmar. *Gatita*, leída a la distancia, es un

producto de la relación entre ambos países y hoy también una muestra material de aquella inolvidable visita.

Finalmente, mi más sincera gratitud a Fabio Venero, Jimena Andrade y a Lu Ramos, por sus brillantes comentarios y correcciones a los primeros borradores del estudio introductorio; gracias de corazón por su constante apoyo y amistad.

Esta edición

La presente edición reproduce la sección correspondiente a *Gatita. Costumbres del Perú* del libro *La sombra del humo en el espejo* (Editora Internacional, 1924, Madrid), cuya versión digital se encuentra alojada en la página web Memoria Chilena, de la Biblioteca Nacional de Chile.


AUGUSTO D'HALMAR

LA SOMBRA DEL HUMO
EN EL ESPEJO

I. Prólogo.
II. El Egipto.
III. Desde el Extremo Oriente hasta el Oriente.
IV. De Atenas a París, por Roma.
V Gatita. (Costumbres del Perú.)
VI. Epílogo.

EDITORA INTERNACIONAL
MADRID — BERLÍN — BUENOS AIRES

«GATITA». COSTUMBRES DEL PERU

I

De mi larga estadía en el Perú yo no conservo ningún recuerdo, como si algunas páginas hubiesen quedado en blanco en mi libro. Aquel puerto aislado del Norte, la ciudad rutinaria y las poblaciones del interior, se me confunden con cualquier parte del mundo, y aun mientras vivía entre ellas me producían a veces la impresión su cielo azul y sus dunas que lo mismo pudieran ser de la Palestina, o bien que aquel caserío estaba en Mahé, de Indias, o en Djibuti, del Africa. Sólo sus gentes me parecieron tan banales, que apenas si recuerdo la fisonomía de una cholita y de un gato, y ese animal y ella, esa niña de trece años, son los que hacen que tenga algo que decir todavía de la tierra de los Hijos del Sol.

II

Había venido desde el Indostán a restablecer nuestro consulado en Etén, y por primera vez, después de treinta años que tuvimos la guerra, volvía a izarse la bandera de la estrella solitaria en esa parte alejada del país vencido, donde el odio se mantenía latente con la idea de la revancha. Y es para decir la existencia retirada y llena de acechanzas que yo debía sobrellevar y el abandono malévolo en que me sentía perdido. Las indiadas pasivas que se apartaban a mi paso o que azuzadas por el alcohol venían a provocar de cuando en cuando motines bajo mis ventanas. Un hastío re-

signado abatiéndose sobre mí como un pozo de arena que se derrumbase y perdida hasta la noción de las estaciones en ese clima enervante, siempre dentro de la misma incuria y la misma monotonía.

III

Y he aquí que una de esas tardes amarillentas en que al son de la quena y del tamboril pasean los indios sus ídolos, cuajados de falsa pedrería y rígidos de bordados de oro, con cabelleras naturales como espantosas muñecas chinas, rumbo a una iglesia sin bóveda, donde se hace sonar con piedras las campanas, muchas veces hasta sin un cura que los pastoree, tristes y avejentados chicos y grandes como todos los de aquella raza, hete que yo veo por la primera vez un semblante fresco, algo que se pareciese a una mujer y a una niña y que, ¡Dios mío!, me sonriera como si para ella no fuese yo un enemigo. Había sido tan imprevisto que, de contragolpe, eché de menos mi estancamiento, como

un bien desestimado hasta entonces, y traté de defenderme contra esa sensación de vida viniendo a casi perturbar la atmósfera sorda y opaca en la cual se sofocaban unos cuantos años de mi juventud.

* * *

Así fué y así son todas las cosas: recua rastrera bajo el crepúsculo, como un agua lerda y mansa; una esquila que llama al redil... Y súbitamente el primer fuego de la noche, que se alumbra y que nos habla del calor del hogar y de los vinos capitosos del amor.

IV

Bajo el crudo día instalaba el villorrio su sordidez. A la puerta de cada zahurda los hombres y las mujeres, igualados por la misma inercia, tejían eternamente sombreros de macora, como lo habrían hecho sus padres y como ya lo comenzaban a hacer sus hijos. Una vaciedad de vida inútil y gris pesaba sobre el rancherío hasta la Hora de Animas, en que volvía la procesión a recorrer las callejuelas: las mismas andas y los mismos toques de campanas. Y después, la noche con su promiscuidad, el aguardiente de caña y la chicha de maíz, y las «marineras» bailadas en la penumbra de los tugurios bajos y profundos como bodegas, apenas iluminados por una candela que ennegrecía el muro, adornados a

veces, por gala, de calaveras y paños negros. Todo ese pueblo en que los hombres usan la manta inmaculada y sobre el corpiño el sombrío capuz las mujeres, llevando todavía el luto de sus últimos Incas, y como condenado fatalmente a una existencia sin penalidades y sin goces.

V

Pero unos cuantos días en el mes se animaba el cielo profundo con la presencia de la milagrosa luna de esas latitudes y sacaba la tierra de su obscuridad. Entonces la cal de los muros parecía tan brillante como en un arrabal de la Kasbah, parecían albornoces las mantas blancas, y una silueta de mujer escurriéndose por la sombra o entrevista a través las rejas de una ventana llena de arabescos hacía soñar con los harenes lejanos. Vegetaban algunas flores, las únicas, en la pequeña plaza, frente a mi casa, y yo había observado que almacenaban su perfume sólo para esas veladas, y que aun los torreones de la iglesia parecían proyectar una gran paz sobre el pueblo dormido, tendido a lo largo

de las aceras, sobre sus petates, con la cara al cielo como en el Extremo Oriente.

* * *

Entonces yo me deslizaba también hasta una ventana colonial saliente y enrejada como un mucharabys, seguro de que Ella me esperaba y que al contacto de su pequeña mano volverían algunas de las ilusiones de mis veinticinco años.

VI

Ella habría sido una adolescente en cualquier otra que esa zona tropical, donde las rosas se queman en botón. Tenía la frente blanca, y los ojos negros, y vibraba como una esbelta guitarra criolla a la presión armoniosa del amor; sus sienes, estrechas, no dejaban espacio tal vez a muchos pensamientos bajo el peso de la cabellera; pero su boca encendida, con los dientes brillantes, en el grano trigueño de la piel, podía—como un panal para infinitas abejas—anidar el enjambre de todos los besos... En canesú, como cualquier chola, adornada de amuletos y reliquias, no alcanzaba el prestigio silencioso de las mujeres que yo había amado en los países de la Media Luna; y, sin embargo, esa

pequeña Hija del Sol, esa mestiza de sangre africana y de indígena, procuraba la perversa ilusión de que se dejase depravar y añadía al amor no sé qué de prohibido.

Y luego que allá o más allá yo había tenido muchas cosas que poder amar, la Naturaleza, mis semejantes, o mis sueños, y aquí yo no la tendría sino a ella.

* * *

Y era solamente una niña, un niño, como toda su raza un poco infantil y precoz, meciéndose en sus hamacas y sus yaravíes, amando perezosamente la voluptuosidad, todo sentidos para sus cultos y apocada por lo mismo para la vida, y tan cerca de la tierra rescaldada por el sol, como lejos de toda aspiración. Pobre raza que, consagrada al amor y a la muerte, desaparecerá un día sin dejar ni un sentimiento de piedad.

VII

En aquel país primitivo es tan común «sacarse» una niña, como pedirla en matrimonio, y para definir esta unión libre, autorizada legendariamente por las costumbres, hasta existe en quechua la palabra *jorgocuy*. Pobres y ricos se casan de las dos maneras y dura el tiempo que quieren. Después, ella regresa a la casa paterna con sus pequeños, y entonces es ya una vieja, a pesar de su juventud, o bien tiene a veces la suerte de volverse a «colocar», porque tampoco a la idea del honor se le permite que tiranice demasiado. Sin embargo, cuando yo la insté a vivir conmigo, como era Semana Santa, ella no quiso prometerme nada hasta Pascua de Resurrección.

—Ese domingo arreglamos *yunsas* de frutos—me decía—y cada una con sus ochavitos manda hacer un mazapán que cuelga entre los adornos. A veces tiene la figura de un cordero, a veces de un Judas (esos cuestan el doble), a veces de una tortolita. Y yo no quiero pecar en estos días—proseguía, con el mismo tono de voz que habría usado una islamita durante la cuaresma del Ramadán—. No le abriré ya el postigo, si viene; pero si el día de Pascua usted se pasea y ve una palomita de harina colgada frente a mi casa, entonces quiere decir que sí.

* * *

La Resurrección era, pues, el Beirán de estos singulares cristianos del Perú.

VIII

Y fué tal vez la más bella de las mañanas que yo recuerdo del destierro, cuando, al despertarme y abrir el balcón sobre la plazoleta, vi hasta lo lejos, a todo lo largo de la calle Real, como oriflamas desplegados sobre el azul, la serie triunfal y rústica de los arcos, donde se confundía el oro rojo de las naranjas y el oro verde de limas y cidras y reverberaba entre ramos y palmas, como árboles cargados de pedrería. Un gusto bárbaro y siempre sensual había acumulado aquellos castillos de chirimoyas, las granadas entreabiertas, los mamey, las papayas y las grandes piñas y racimos de plátanos de la Isla, festones de alcorza y de jengibre, con-

cluían de darle un aire pagano a la fiesta, de verano y de fecundidad.

Cada uno había rivalizado con su vecino en ornatos, y era un placer de ver ostentarse al sol de febrero toda esa abundancia del buen Dios que traía la sed a la boca. Y ese día, aun la orgía estridente de las fanfarrias y los voladores y los repiques me pareció armonizada con la vibración del aire tropical, que se impregnaba de olores almizclados y se subía a la cabeza en una oleada de salud.

Y por una vez se me antojaron menos decrépitas las gentes, menos abyecto el aspecto de aquel campamento nativo, todo, quizá, porque en lo alto de un arco, frente a una ventana saliente, balanceándose como si fuera a emprender el vuelo, entre aguacates y mangos, una paloma de flor de harina había desplegado para mí sus alas frágiles.

IX

Ella sabía que ocupaba yo solo una casa muy grande, la más grande de todas las del pueblo, y tan alta que desde su terrado se dominaban los arenales, el puerto lejano y el mar. Muchas veces, yendo en la procesión, cubierta con su chal celeste, había levantado la cabeza hasta el escudo, como los hombres levantaban el puño; pero ignoraba la pequeña que en aquel su enorme serrallo vacío, donde nadie ponía los pies, como en lugar excomulgado, iba a encontrar una verdadera esclava y un verdadero eunuco.

Fué bien recibida por los dos, a pesar de la bizarría de su aparición: Petrona la consideró desde luego como una criatura, y mi gato consintió que

en adelante se compartiesen las atenciones de la buena vieja. Porque para mi nodriza chilena, todo devoción por mí y todo menosprecio hacia ese pueblo de color, la cholita no venía a ser sino otro animalito mío que era preciso mantener limpio y bien enseñado

X

En ese pueblo brillante parece que no existieran jardines porque las flores hubiesen cobrado alas: tanto son deslumbradores los pájaros, los pericos, los arroceros, las oropéndolas o los colibríes, que atraviesan como centellas el aire o se posan en la vegetación raquítica e inmarcesible.

Ella se llamaba Catalina; pero, tal vez en recuerdo de esos pajarillos, la llamaban *Cata* los compadres y sus parientes *Catita*, como a una cotorrita. Mi nodriza la apodó *Gatita*.

Pero todo lo preciosas que sean aquellas aves tropicales, casi no cantan y el país se aletarga bajo el zumbido de los zánganos y los mosquitos, en la larga siesta, hasta que cae la tarde y sus cocuyos, y

entonces los murciélagos, los mochuelos y los cuervos describen amplias parábolas estridentes sobre la plaza desierta y desde el campanario, que es como su palomar.

Gatita no simpatizaba con los cuervos. Ellos hablaban sombríamente a su imaginación supersticiosa; en cambio, adoraba los petardos y no se detenía en el robo ni en la destrucción para obtener las estampas de mis libros y poder cubrir con ellas los muros. A veces, con el gato en vilo, repasaba una por una todo su museo y embebíase delante de cada escena y se la explicaba en alta voz, a su manera, llamándole «niñito» como a nosotros. Cuando estaba de humor más inquieto obtenía que Petrona le comprase paquetes de cohetes—porque ella misma no salía nunca—, prolongando el estrépito durante el mayor tiempo posible...

XI

El gato despreciaba profundamente aquellos gustos salvajes de su amiga y sólo se reconciliaba con ella en las largas inmovilidades del mirador, cuando, achatada sobre su petate, delante del horizonte como barrido por las ráfagas y de las balandras ancladas a lo lejos, fumaba mis cigarrillos turcos, distraída por los remolinos en que voltijeaban las arenas del médano, o chupaba taimadamente las tronchas azucaradas de la caña, o simplemente mecía uno de sus pies, que con su flexibilidad de gata había llegado a poder acostar sobre la falda y al cual arrullaba como a una muñeca.

Y fué inútil que tratáramos de hacerla calzarse, como si hubiese sabido que sus piesecitos eran lo más bello de su gentil persona, tanto como yo no

los he visto en ninguna mujer, pequeños, altos y arqueados, con un ligero color de *terra-cotta* que recordaba las tanagras. «No, «niñita», le decía zalamera y canturreadamente a mi nodriza. «No, «niñito», me decía a mí; y cuando todo el mundo tiene el pudor de sus pies, porque casi siempre son vergonzosos, ella, como los bebés, se complacía en acariciárselos y los embalsamaba de esencias.

* * *

Otras veces se revolcaba por tierra con el gato, frotábanse uno contra otro el hociquito rosado, se mordisqueaban con tiento, o *Gatita* proyectaba sobre él los reflejos del sol en un espejito y reía como loca al verle pestañear deslumbrado. Otras veces, por hábito, confeccionaba ella sombreros; otras, se sacaba la suerte con tabas o pedacitos de vidrio, o echaba guijarros al pozo inclinándose imprudentemente, o se arrullaba a sí misma, con esa lasitud plañidera que han dejado los árabes en España y los españoles en América.

Pasa el agua del Rimac
Y mi corazón es suyo;
Reino de Pachacamac,
Tierra de Tahuantisuyo,
Pasa cantando el Rimac.

El Inca Manco-Capac
Fué nuestro Rey y Rey tuyo;
Tierra de Tahuantisuyo,
Reino de Pachacamac,
¡Llora por Manco-Capac!

* * *

Pero como yo la veo más a menudo en mi memoria es emigrando de una habitación a otra, de la solana a la *verandah*, en ese caserón del cual apenas ocupábamos un departamento, trasladando su gato y sus imágenes, recogiendo o desplegando las persianas, quedándose largas horas acurrucada en un rincón. Las moscas cruzaban la penumbra del cuarto como subrayada por listones de sol entre las celosías; y aquella vibración procuraba una sensación de frescura bajo el sopor y hacía medir el vacío extenuante de la perpetua canícula.

XII

Pero al apodarla *Gatita*, nunca la supusimos, sin embargo, llegando a compartir hasta las emboscadas de nuestro gato y permaneciendo con él al acecho de los pequeños ratones. que ella amarraba por la cola apenas les daba caza su compañero y se los paseaba arteramente bajo la nariz en un silencio de muerte.

* * *

También amaba mi caballeriza, y las bestias del corral se habían acostumbrado de tal modo a su presencia, que no era raro encontrarla tendida sobre el lomo del caballo echado, mezclando a sus

crines su obscura toisón, mientras gato, conejos, perros y gallinas fraternizaban en aquel pequeño mundo bajo el sol tropical. Entonces yo empujaba la puerta; entonces, como impelido por un resorte, *Azogue* se ponía de pie con un relincho; y sobre el huano y el heno *Gatita* rodaba con sus amigos.

XIII

Sólo a la hora aletargante de la siesta, en que yo escribía casi siempre, venía a buscar mi vecindad y el amor de mis rodillas, y como una gata se dejaba enervar al distraído roce de mi mano sobre sus cabellos, mientras yo continuaba trabajando, y concluía por amodorrarse con estremecimientos nerviosos y grandes suspiros de niño engreído y satisfecho.

XIV

Conservo otro recuerdo de cierta fiesta en que desde las azoteas veíamos prenderse en la plaza los fuegos artificiales. Era Nochebuena, y la iglesia, sin techumbre, dejaba escapar su resplandor como una hoguera. De pronto, *Gatita* abandonó precipitadamente el espectáculo, y yo la vi volver a los pocos momentos con el gato, desvelado y azorado por el chisporroteo, que se retorcía entre sus brazos. Las campanas sonaban. De abajo, de las ventas de tamales y de picantes, subía un olor graso de fritura; y el firmamento infinito palpitaba más pálido cada vez que ascendían los cohetes de Bengala. Después, poco a poco, fueron extinguiéndose sus últimas luces en la obscuridad; y cuando bajamos,

el silencio se enseñoreó más profundo que otras veces, mientras *Gatita*, rendida por la velada, dormía con su gato, extendida al pie de mi lecho y cerca de la lamparilla que dejaba encendida todas las noches para no tener miedo.

XV

Fué esa misma altura la que escalamos para tratar de distinguir el cometa de 1910, el viernes, 13 de mayo, me acuerdo, cuando todavía no amanecía. Friolenta y adormilada, *Gatita* se pegaba contra mí y husmeaba con la naricilla al viento ese algo desconocido que iba a revelársenos. Me acuerdo que Venus lucía fríamente en el Oriente; que a nuestros pies, la plaza, adormida, hacía la impresión de un estanque, inundada por la bruma; que de lejos, desde los campos, nos venía el canto de las ranas. La espada flamígera cingla súbito el cielo, desde el orto hasta el cenit, como empuñada por un nubarrón en forma de garra. Y entonces *Gatita* se desploma llorando a sollozos comprimidos.

Se tapa el rostro, y cuando yo quiero separarle las manos, lo oculta contra mi hombro, y colgada a mi cuello se deja llevar así, sin tocar tierra.

—No la mires, «niñito»—me cuchichea mientras bajamos—. No la mires, porque te traerá desgracia. ¡Oh! ¡Que nunca hubiese sido yo curiosa, porque ahora es demasiado tarde para mí!

Y es preciso que me quede a la cabecera de su hamaca, que la meza y que le deje mi mano entre las suyas, hasta que en pleno día vuelve a dormirse con un sueño afiebrado y lleno de sobresaltos, ensombrecida por aprehensiones que parecen resbalar por su tersa frente, como si se proyectase todavía sobre ella la sombra de la gran nube.

XVI

Gatita, en nuestras veladas de la azotea, me contaba cosas curiosas, como ser la muerte de su taita, que estaba enfermo «de vergüenza», según el diagnóstico etano, y que habían desahuciado el curandero y el zahorí; entonces, como de todos modos precisaba «romper el chucaque», se había llamado al Aliviador, que era siempre un hombre forzudo, vestido de un capisayo, y a quien se daba de beber cañazo con tabaco para que tuviese más bríos. Y el Aliviador había hincado un codo en el ombligo del moribundo, y persignándole con ceniza lo había acabado con todo su peso muerto. Entonces los compadres rezaron y bebieron durante tres días, y durante tres días gimieron las comadres para que

no penase el alma del finado. Y sobre la huaca, en el camposanto, no quedó otra cosa que una losita blanca para reconocerse por si acaso.

En los relatos de *Gatita*, que acababan todos con un «velay» y todos comenzaban con un «catay», el alcohol, la *jora*, como dicen esos cholos, tenía siempre el primer papel.

—*Catay*, bebieron—refería ella—; *catay*, me dieron de beber; después vino el compadre, que estaba bebido, y *velay*...

* * *

Así eran siempre sus historias, sin otros sentimientos ni complejidades... A lo lejos corrían sobre el mar, invisible, las luces de un barco que se alejaba... Se erguía lentamente en el cielo la Cruz del Sur... Y aquel plenilunio casi ecuatorial, con la redondez enorme de su luna suspendida sobre nuestra cabeza, difundía una claridad esmerilada tan glacial como el amanecer de un páramo, lo hacía todo irreal con su polvo de vidrio, de sal o de escarcha, me evocaba las noches espejeantes del Bósforo, desde mi terraza de Nouri-Osmanié.

* * *

Cuando *Gatita* veía que, con los ojos encandilados en la sombra, yo había dejado de escucharla, agazapado junto a ella, como en mis buenos años moriscos, me echaba los brazos como esos collares perfumados de Ceylán, y a pesar de que más que nunca parecía una felina, yo la llamaba en esos momentos *Cosita*, y la estrechaba contra mi pecho con todos sus chaquiras y relicarios, como una pequeña cosa que era, maravillosa envolvedora red de nervios que aprisionaba hasta el alma, tan misteriosa como un gato y tan inconsciente como una mujer...

XVII

Las heráldicas en el país peruano están cifradas en los colores.

—Tú, «niñito»—me enseñaba persuasivamente *Gatita*—, eres mixto, porque si fueras zarco serías un gringo y hablarías como los gentiles. «Niñita» Petrona debe de ser injerto de indiana, mi madre es mulata y yo una zambaiga.

XVIII

Mi pequeña felina no se interesaba mucho por nuestras dificultades consulares, la Consulería, como ella lo llamaba, ni entendía por qué, solapados y medrosos, me querían tan mal los suyos; es cierto que cuando la irritaba en sus caprichos, cuando le prohibía dibujar calaveras en las paredes o cuando le escondía el pisco, me llamaba «Chileno», como el peor insulto; pero, en general, y más que la salud de su alma, le preocupaba la de su gato, y a veces me preguntaba con gravedad si no lo encontraba pálido o si no sería conveniente bañarle. Porque para ella mis abluciones venían a ser algo así como los ritos de un culto desconocido, y cuando se trataba de lavarla y trenzarla

en diadema, al uso de las «ya mujeres» de su tribu, era cuando Petrona necesitaba de toda sus energía, hasta llegar a zambullirle y retenerle la cabeza dentro de la jofaina, como a una taimada.

* * *

Sacudiendo aquella cabeza voluntariosa, comadre *Gatita* nos apareció de improviso como un pajecillo, con la melena hasta los hombros y tijereteada en fleco sobre los ojos. Y el gato tuvo un sombrero tejido con los cabellos negros, que la condenada había imaginado recortarse para sustraerlos al suplicio de la peinilla.

XIX

Hasta entonces me habían dejado en paz los parientes de mi comadrita, o porque me ignorasen o porque me temiesen. Un día traspuso un mocetón el umbral que nadie pisaba y, después de darme las «Buenas Horas», me habló con frases timoratas y aduladoras, que la hermanita hacía tanta falta en la casa y *catay*, *velay*, que ellos eran pobres y eran muchos.

Tan delicada cuestión de honra se zanjó con algunos *soles*, y cada mes, aquel vengador, en nombre de mi mama política y mis cuñados, venía a recibir su mesada, para embriagarse en familia, y al irse no se olvidaba de pedirme que diese las «Buenas Horas» a mi *huarmi*, de la parte de todos.

XX

Todo estaba bien. Así llamaban los incásicos a sus consortes de la mano izquierda, y la vieja nodriza había sorprendido a la mía echando por la ventana nuestras provisiones para que algún otro hermanito las recibiese en sus alforjas. Una negra con la greña blanca rondaba al atardecer—a la hora de las cornejas—, y la habíamos encontrado hasta en el zaguán. Después de tantos meses de vida común, mi *huarmi* (que se había zampado golosamente todo un pomo de las píldoras purgativas del doctor Ross y después se había creído víctima del Mal-de-Ojo), comenzaba a dar signos de acordarse de su hogar, y desaparecía de mis bolsillos el dinero, y furtivamente de los armarios los

cubiertos y los pañuelos. Comadre *Gatita* desatendía a Compadre Gato, atisbaba las puertas, olfateaba la calle, como otro gato encerrado. Cuando los domingos veía llenarse de gente la plaza, suspiraba por la misa, y era cada vez más indomesticable, más *montubia*, como dicen ellos, y cada vez más encantadora.

XXI

Una ocasión me propuse «visitar» su alforja, que le servía de almohada, y que yo llamaba el escondrijo de Doña Urraca, y entre sus denuestos y sus pataleos, he aquí el inventario que, con toda solemnidad, pude formar en hoja legalizada.

A.—Un peine perteneciente a Petrona (que *Gatita* había escondido, como otros niños el látigo con que se les castiga, porque era su peor verdugo).

B.—Un catálogo de las obras de Rembrant: *(The Master Pieces of...)*

C.—Una tableta de chocolate con el molde estampado de sus dientes.

D.—Un par de guantes Préville.

E.—Un *foulard* de seda.

F.—Un retrato de Alphonse Daudet (apodado por ella el *Caballero Pelucón*, y a quien debía de haber envidiado por lo mismo).

G y *H.*—Un Almanaque Brístol de 1908 y la cubierta de *Anna Karenine* (edicion Lafitte).

I.—Un despertador que no marchaba.

J, K, L, M, N, O, P y *Q.*—Una perilla y una ruedecita de la cama, una medalla del 14 de julio en Lima, una llave, un pedazo de espejo—el de los espejeos—, un par de gafas negras, tres gemelos desapareados, siete cajas vacías de plumas, un rosario de piedras de la Meca que llaman *tesbi* los beduínos y que les sirve para sus cálculos; una fosforera hecha con una rupia, un lápiz azul—el de las calaveras—, algunos trozos de lacre, uno de los sellos de la Cancillería, dos argollas para servilletas, innumerables colillas de cigarros.

R.—Una pieza de cinco francos del Primer Consulado.

S.—Un luis de oro de veinte francos.

T.—Mi Budha de Benares. (A la tiarada diosa Kali, que yo tenía en nuestro dormitorio, la llamaba ella Nuestra Señora del Cucurucho y le dejaba encendida en pleno día la lamparilla.)

U.—Un anillo adornado de un escarabajo con

que me obsequió mi criado egipcio Zahir, como talismán de larga vida.

V, *W*, *X* y demás letras del alfabeto.—Las borlas de todos los muebles.

Y un clac, que yo había acabado regalándole, porque nada le divertía como aquel sombrero-acordeón que se enderezaba y se sumía, como el muñeco de una caja de sorpresa.

* * *

¡Recuerdos, recuerdos! Ese inventario duerme hoy en el fondo de mi escritorio, con mis Letras Patentes del Perú y una Memoria sobre la caña de azúcar.

XXII

Así se pasó el invierno en el almanaque, insensible e invisible en ese país sin crepúsculo, entre los follajes perennes y la aridez de todo. Las mañanas eran cubiertas, el cielo tenía nubes más grandes el viento soplaba del mar, en las noches, trayéndonos toda la arena de los médanos, haciendo estremecerse las quinchas de caña. Yo estaba aburrido y desanimado, cuando uno de esos despachos que, como los reciben los marinos, se reciben en nuestra carrera, me hizo saber que debía decir adiós a mi deportación para volver a ver Europa.

Toda la condena sufrida desaparecía como por ensalmo: yo era un hombre devuelto a la libertad,

y esos años deprimentes y, sin embargo, apacibles, de Perú se desvanecían como si no hubiesen sido nunca; volvía a encontrarme alegre y confiado como a mi llegada, lleno de ambiciones y de esperanzas.

XXIII

En la noche sentí ruido al pie de mi cama—único sitio donde, como verdadera indígena, se avenía a dormir *Gatita* con su gato—. Y entonces, incorporado y con los ojos abiertos, en la penumbra de la lamparilla de la diosa Kali, comprendí que ella lloraba, aquella indiecita, ya no como un niño salvaje, sino como una mujer; que tal vez yo había hecho un mal más en mi vida; que juzgamos demasiado superficialmente a ciertos seres para poder sacrificarlos con el corazón ligero, y que tal vez se me ocultaba algo bajo esa frente mate que yo había acariciado tantas veces y algo para mí en ese co-

razón de animalillo montaraz, que yo no volvería a sentir palpitar contra mi corazón.

* * *

Por esos días, no sé por qué, puesto que ya nos íbamos, Petrona le puso un candado a la rejilla del pozo.

XXIV

Ella sabía que no llevaría yo conmigo sino a mi nodriza y a mi caballo chileno. «Lo sabía, (me dijo bajando la voz), desde aquella agorera noche del cometa», y me había pedido como una gracia especial: «¡No digas que no, niñito!»; que al volver entre los suyos, con mi dote, la dejaría también el gato. Acordándonos de ellos, en adelante debíamos decir «el compadre gato» y «la comadre gatita», inseparablemente. Con él a cuestas, como siempre, recorrió por última vez las habitaciones, desde el mirador hasta las pesebreras, y sólo cuando salió

Azogue conducido por el cabestro y cuando las valijas abandonaron nuestra residencia con Petrona, ella se decidió a volver a ese aire de la calle y de la libertad, que no había respirado una sola vez durante todo ese tiempo.

XXV

¡Adiós, niñito!... Su voz cantante y con quebrantos súbitos, yo la escucho todavía; henchía las vocales, prolongaba las sílabas, y a veces me sorprendo tratando de imitarla, porque daba como nada la sensación de ese algo que se nos escapa de cada ser y que se llama su alma.

Y se fué con su alforja de urraca y con el gato, que maullaba y que volvía la cabeza debatiéndose. Ella se había envuelto hasta los pies desnudos en el chal celeste de las procesiones y, frágil bibelote del país de los huacos, parecía tan diminuta ahora y tan exótica entre sus paisanos, que la acogían socarronamente.

¡Adiós, niñito! Su voz, como el timbre de otras voces amadas, duerme en mí como un sortilegio, sin que yo atine a despertarla: pesar inútil del pasado, de las cosas idas y los que se van.

XXVI

Mientras tanto, el Perú está lejos para que yo vuelva jamás, y lejos esos años ya bien vividos. *Gatita* misma, con haber sido tan niña, será una pequeña persona casi ajada, una triste persona tal vez, con alguna cholita como ella a su pretina, en vez del gato, que habrá muerto, embriagándose al caer la tarde, a la hora de los cocuyos y de los murciélagos, cuando recorren la calleja las procesiones con sus santos ataviados con cabelleras humanas. El gran serrallo, habitado por extraños, estará cerrado a esa hora, solitarias sus azoteas, la plazoleta vacía y comadre *Gatita* sumisamente vegetará en aquel marasmo, sin ilusiones y sin recuerdos.